

El abate Don Juan Ignacio Molina (1740-1829)

Ricardo A. Latcham.

Don Juan Ignacio Molina y las Ciencias Naturales

La importancia que ocupa la figura del Abate Juan Ignacio Molina en el desenvolvimiento de las ciencias naturales de Chile no ha sido nunca estudiada a fondo. Los eruditos han detenido sus investigaciones en disputas académicas sobre el sitio de su nacimiento y otras minucias, olvidando los aspectos mejores y más nutridos de la vigorosa personalidad maulina.

Entre cuatro ríos: el Maule, el Loncomilla y los esteros de Ranquilco y Charquejo, parece probable que vino al mundo el célebre naturalista, que algunos han creído italiano o español. Hombres de la talla de Menéndez y Pelayo lo confundieron lastimosamente. Su ciencia extraña, su fuerte prestigio intelectual, provocaron tal confusión. No se creyó capaz al austral Chile de producir en pleno período colonial, un carácter tan definitivo en el mundo de la investigación, del análisis y del intelecto.

Guaraculén es el sitio pintoresco y apacible en que nació el futuro jesuíta. Lugar deleitoso, cuajado de bellezas, coronado por un fondo perfecto de cordillera, este caserío —entonces hacienda— está situado a 10 kilómetros al sur de San Javier y un poco al noroeste de Villa Alegre. Toda la zona se hallaba poblada de haciendas ricas, donde pasaban el verano los habitantes de la naciente villa de San Agustín de Talca.

El futuro eclesiástico vino a la vida en un hogar rico, siendo bautizado con probabilidad por el Cura Vergara o el coadjutor Antonio de Molina. El dolor hirió pronto a Molina. Perdió a sus padres siendo muy niño y la vida que pasó entre unos parientes talquinos le llenó el alma de amargas molestias. Historiadores modernos aseguran que el Abate vivió en la casa que ocupaba el Obispado hasta el terremoto último. El terreno que ocupa la actual fué donado por él con el propósito de cooperar al desarrollo de la ciudad.

Se ha creído siempre que los padres de Molina se llamaron Don Agustín Molina y Doña María Opazo, pero el señor don José Toribio Medina dice que en la renuncia de su legítima que extendió el Abate, hallándose en Santiago en el Colegio Máximo de la Compañía de Jesús, conjuntamente con otros cinco hermanos, en 22 de Julio de 1761, expresa otra cosa respecto al nombre materno. Este documento reza así: "El hermano Juan Ignacio de Molina, natural de la Villa de San Agustín de Talca, hijo legítimo de Don Agustín de Mo

lina y de Doña Francisca González, renuncia ambas legítimas y demás derechos y acciones y futuras subcesiones que en cualquier manera le puedan tocar y pertenecer en la dicha su madre (sic), a excepción de un esclavo, el que la susodicha quisiere, que manda se de y entregue a la Residencia de Talca para el servicio de ella, el que entregará a la susodicha cuando fuera su voluntad, sin que se le pueda precisar a ello; y de cien pesos, que con licencia especial de su Prelado, reserva para sí, para convertirlos en libros; y todo lo demás, como dicho es, es su voluntad recaiga en la dicha su madre, y con su muerte, si algo existiere, en don Joseph Antonio Molina, su hermano: lo cual manda se guarde, cumpla y ejecute por su final voluntad."

Es probable —según Medina— que el objeto buscado en la superchería sostenida durante algún tiempo en el sentido de que Molina era Opazo por el lado materno, no fuese otro que el de hacer entroncar al naturalista con la citada familia.

Ya se perciben en el documento transcrito dos aspectos interesantes en el futuro jesuíta: su amor filial y su afición al estudio, propio de su firme carácter de erudito investigador.

También sabemos por él mismo que su amor a las aves era intensa en los años moceriles. Dice al hablar de los jilgueros: "al cabo de tener yo durante un mes uno de estos paxarillos, era tan manso y doméstico, que ni aún puesto en libertad se apartaba jamás de mi asiento, sino que para revoletear alrededor de mí, en ademán de acariciarme: a un silbo que yo diera se ponía a cantar; y cuando yo volvía a mi casa, eran sumamente parleras las fiestas con que me acariciaba."

Molina entreveraba su tiempo entre el fundo de sus padres y la naciente villa de Talca, donde cursaba latín y otras asignaturas con que se iniciaba a la fecunda vida intelectual. En el Convento de San Francisco acudía a las lecciones que daban los buenos padres. Talca era una ciudad en germen, a cuyos mercados llegaban carretas minúsculas con los productos comarcanos. Los contornos estaban llenos de bandidos y los viajes se hacían en caravanas armadas. La vida era monótona y la gente se distraía en el juego y en la vida religiosa. Los pocos conventos eran visitados por las beatas cotorronas y por las gentes graves y estiradas que formarían la aristocracia futura. Por todas partes había mugre y miseria. En la vecindad de la villa comenzaban a explotarse las minas del Chivato, cuya fama se perdía en la noche de la historia. Las gentes se embarcaban en Puerto Perales para la costa maulina, por el río. Todos los fundos de los contornos se animaban con alegres partidas, durante el estío. Centenares de personas corrían de un sitio a otro, en comidas y francachelas, demorando el viaje, pernoctando un día en un fundo y al día siguiente en otro. Nueva Bilbao—después llamado Constitución—era el sitio pintoresco de los veraneos, cuya fama prosigue hasta hoy. En esa vida apacible y devota se fué modelando el alma del hombre de ciencia que extendería la fama chilena por toda Europa.

El Seminario de Concepción era el colegio de más fama intelectual que han regentado los jesuítas durante la Colonia en nuestro país.

Algunas de las figuras sobresalientes del coloniaje estudiaron en el Seminario de Concepción, entre quienes se singulariza el Obispo Don Manuel de Alday y Aspee, a cuya consagración asistió Molina en calidad de seminarista.

En 1755, siendo aún seglar, Molina cursa filosofía en el Seminario de Concepción. En aquel tiempo, estos colegios ocupaban a sus alumnos en disputas pueriles, de un escolasticismo rígido. Se estudiaba la filosofía de un modo pedante y lleno de restricciones mentales y reticencias casuísticas.

Los jesuítas se distinguían, de un modo singular, en la gimnasia de las ideas y aún hoy se conservan algunos modelos de esta borrachera de los conceptos a que eran adictos teólogos y filósofos como Bussembaum, Escobar y otros sutiles tratadistas.

Molina fué definiendo ya su posición ante la ciencia. Opulento y joven, dejaba todo por la sugestión rica del análisis, por el estudio apasionado de la flora y fauna chilena. Enriquecía constantemente su biblioteca, hacía apuntes y aprendía el lenguaje araucano. Concepción rebullía de actividad. Era el centro militar estratégico de la frontera. De allí saldría la aristocracia militar de los Bulnes, los Prietos, los Cruz. En sus campos vecinos se veían correr los chasques; por sus calles entraban pintorescos cortejos: indios lenguaraces, correos militares, caravanas curiosas que embrujaban la retina del joven Molina con sus intensos atavíos aborígenes.

Es preciso añadir que la vocación científica de Molina fué estimulada por su padre, hombre que, a juzgar por los recuerdos suyos, no era vulgar y supo comprender admirablemente el ingenio nativo y la vocación de su hijo. Las excursiones campestres, las prolongadas caminatas por los bosques y montañas maravillosas de la frontera araucana hacían deleitosa la existencia del joven estudiante. Los servidores suyos escogían animales y plantas, a la vez que su fortuna le permitía coleccionar objetos indígenas, variados artefactos chilenos y las primeras manifestaciones del arte araucano, tan desenvuelto en matices y tonos más tarde. Largos y altos estantes se iban cubriendo con estas colecciones y los viajes reiterados del estudiante incrementaban un tesoro que, más tarde, se traduciría en obras de un valor imperecedero. Molina tenía quince años cuando se incorporó al noviciado de Bucalemu de la Compañía de Jesús, agradable y rico sitio agrícola, donde esta poderosa Orden tenía uno de los centros de sus ramificaciones extensas. El 12 de Noviembre de 1755 fué el día decisivo en la carrera del joven maulino. Ya su vida estaba destinada a dos altos objetivos: la religión y la ciencia.

Algunos escritores observan que la vocación de Molina se debió a que, en su hogar, no tuvo la tranquilidad suficiente para desarrollar los estudios. Considerando que el niño poseía un ingenio vivo, una contracción rigurosa por el estudio y un carácter dotado de una tenacidad fuerte, no causará sorpresa el hecho de que de Bucalemu saltara a Santiago, ocupando a los veinte años el cargo de bibliotecario de la Casa Grande en su Orden. Molina conocía ya

tres idiomas y se preparaba para profundizar otro. El castellano, el griego y el latín los dominaba; el italiano le entregaba los secretos que más tarde lo condujeron a escribir sus célebres obras en esa lengua.

Las vacaciones de los estudios las pasaba en una hacienda que poseían los jesuítas a unas 28 millas de Concepción, camino de la cordillera. Ahí brillaban espléndidos los tesoros de la naturaleza chilena y la tierra virgen le brindaba los secretos de sus selvas, montañas y campiñas. En compañía de otros jóvenes, recorría los senderos de los cerros, buscando plantas e insectos, a la vez que acostumbraba su ojo a descubrir esos ocultos encantos de la naturaleza, que animan su pluma y la sacan de la opacidad corriente en los libros de historia natural. La cultura clásica de Molina era sólida y su estilo fué bebido en las fuentes originales de los escritores griegos, latinos y españoles. Nada era extraño al carácter investigador suyo: la vida le daba sus mejores secretos y poco a poco las ardientes atracciones del mundo iban cediendo el sitio a los serenos placeres y a la seducción incontrarrestable de la ciencia, único amor suyo y norte de sus futuras actividades.

"Siendo anciano —dice su amigo Santagasta—, me solía referir la erupción de un volcán en la montaña de Peteroa, que él había visto desde una distancia de unas doscientas millas. Los globos de llamas y los torrentes de fuego subían, decía, por la atmósfera con tal fuerza, que la niebla negruzca esparcida por todas partes, obscurecía el firmamento."

Su método de investigador se halla descrito por él mismo cuando dice en el "Compendio Anónimo": "Yo he visto y examinado, por mí mismo, la mayor parte de las cosas que describo, y acerca de las que no he podido observar, he seguido el testimonio de personas experimentadas y juiciosas que las han visto y examinado con diligencia, no valiéndome de sus informes, sino cuando los he encontrado enteramente acordes."

Los aspectos quizá más dramáticos de la vida de Molina son los que constituyen la lucha sorda entre sus procedimientos renovadores y la rutina de los religiosos españoles que lo obstaculizaban. Innovador profundo de los métodos filosóficos, Molina se convenció de la necesidad de barrer con los absurdos sistemas peripatéticos en boga. Aceptaba las ideas de Gassendo y Descartes, a la vez que adhirió a la escuela de Newton, explicada y divulgada por otros autores. La rutina española se caracterizaba por una vigorosa resistencia a cuanto desperezase las conciencias y barriera el polvo acumulado por incesantes y monótonas explicaciones. Molina pensaba que de los 15,000 volúmenes de los jesuítas había unos tres mil inútiles, que era preciso arrojar al fuego. Estos pensamientos los confió en reserva al padre rector, quien era chileno y alimentaba en su alma parecidas ideas reformistas. Su profesor de filosofía, un jesuíta español, aferrado a los principios aristotélicos, miraba con malos ojos toda innovación y se afincaba implacablemente a lo viejo. Molina, en tanto, se ejercitaba, durante las lecciones, en el cultivo de la lengua griega y la escribía de un modo regular y correcto. Un día, al serle preguntada la causa de tales ejercicios

respondió: "El laconismo y la energía de este idioma me ofrece la oportunidad de cumplir con mi deber más pronto y felizmente".

Las luchas de sistemas que se diseñan durante la educación de Molina constituyen uno de los gérmenes de las futuras discordias entre criollos y chapetones. Los jóvenes aristócratas de Santiago y provincias, que estudiaban en los colegios de la Compañía, luchaban, en el fondo, por hacer innovaciones pedagógicas que, al trascender a la vida política, demostrarían su aptitud para desplazar a los españoles, monopolizadores de los cargos honoríficos y productivos. En el alma de Molina ardía un profundo amor hacia su país natal. En su actitud de remozador de los sistemas y de divulgador de otras ideas, late un sordo descontento ante la incomprensión estólida de los reaccionarios peninsulares.

Por aquel tiempo el joven Molina era un mancebo de pequeña estatura, de tez bronceada, en la cual lucían con brillo extraordinario dos ojos grandes y expresivos, pero acompañados de una boca y narices de un tamaño fabuloso. Como el Arcipreste de Hita, el apéndice nasal estropeaba en el escritor maulino las líneas fisonómicas y colocaba en su rostro una desproporción atroz. Los jóvenes jesuítas visitaban a un sastre italiano, apellidado Fabrio, donde aderezaban y cosían sus parcas vestiduras. Este sastre ayudaba a Molina a perfeccionar el idioma en que, más tarde, iría a escribir sus libros imperecederos. Metastasio era uno de los escritores en boga y sus libros se extendían por todas partes, llevando a los cerebros un concepto retorizante de las cosas y encantando con el pésimo gusto que embadurna sus estrofas. Molina, como otros contemporáneos, saboreó a este escritor, pero su gusto, por suerte, no se contamina con el artificioso sistema del italiano. El francés ayudaba a Molina a coger el sentido de muchas palabras. El resto lo conseguía por medio del latín y de su intuición prodigiosa. Sin hipérbole puede afirmarse que el escritor chileno poseía una cultura rara y poco común no sólo aquí sino en los propios países europeos.

El progreso alcanzado hoy por las ciencias naturales no destruye el esfuerzo del primer hombre de saber riguroso que tuvo nuestro país. Es digno de nota observar que el influjo de los jesuítas en la formación de un núcleo de valores intelectuales en el período colonial se extendió a la ciencia y a la literatura. El Padre Diego de Rosales es, en realidad, el único historiador verdadero de los araucanos, de sus costumbres, creencias religiosas y otros hábitos sociales y totémicos. El Padre Ovalle, delicioso y castizo prosista, es un modelo de perenne frescura y buen decir; el Padre Valdivia y Havestadt son los tratadistas eximios de la gramática y lengua araucana; el Padre Olivares, junto con Gómez de Vidaurre y Núñez de Pineda, discípulo de la Compañía, forman otros núcleos de esta compacta organización jesuítica en Chile.

Todos los defectos del sistema se compensan, a veces, con haber producido un lote tan adelantado y pleno de claridad de visión como el que dejaron los jesuítas y que no reemplazó nadie después de la expulsión ordenada por Carlos III.

Mientras Molina proseguía sus estudios, enriquecía su mente y acumulaba los nuevos libros de ciencia para la biblioteca del Convictorio de San Francisco Javier, el destino amontonaba acontecimientos adversos en el hasta entonces favorable desarrollo de la Compañía de Jesús. Nuevas ideas germinaban en Europa; el soplo escéptico de Port Royal, las mil secuelas finísimas del jansenismo, unidas a los latidos primerizos de la Enciclopedia preparaba la más colosal de las sacudidas que soportaría el recio edificio religioso construído por San Ignacio de Loyola. Corría el invierno de 1767. Los indios de guerra habían obtenido una resonante victoria en el sur. Aprovechándose de las dificultades causadas por el clima, se lanzaron sobre las nuevas misiones jesuíticas. La ruina y la desolación reemplazaron a las nacientes fundaciones de los denodados religiosos. Miles de indios rodearon, en círculo siniestro a los toscos barracones españoles de la frontera. Fuego, destrucción y saqueos ocupaban el sitio en que se animaron tantas esperanzas de la fe católica. Los religiosos tuvieron que huir; otros quedaron para siempre en esas tierras, cuyo dominio tan rigurosamente disputaban los aborígenes. Las insignias totémicas, las cruces simbólicas de Pillán reemplazaron a los altares en que se adoraba a Jesucristo y a su madre, la Virgen María.

Una tarde helada, cuando el frío cuajaba los corazones en Santiago, llegó de Buenos Aires un correo extraordinario enviado por el Gobernador. No bastaron la nieve ni las dificultades del tránsito para detener las mulas portadoras de nuevos y secretos designios que herirían el corazón mismo de la Compañía. El 7 de Agosto se entrevistó el emisario con Don Antonio Guill y Gonzaga, hombre devoto y adicto a los hijos de Ignacio. Un secreto inmenso cubrió la resolución irrevocable de Su Majestad. Un rayo terrible iría a caer, dentro de poco, sobre los pacíficos jesuítas del Convictorio de San Francisco Javier.

El Gobierno tomaba medidas extrañas. Los pasos cordilleranos eran cerrados cuidadosamente, se concentraban en Santiago todas las tropas desparramadas en las provincias, se despachaban misteriosos centinelas hacia destinos desconocidos. En Valparaíso, las autoridades marítimas impiden zarpar a dos naves españolas que estaban listas a partir rumbo al Callao. En todas partes se reclutan gentes armadas. El pueblo abulta las cosas; por todos los sitios, en los mercados e iglesias, en los conventos y cafés, en las tertulias y estrados, se esparce una ola de angustia. Algunos decían que era guerra contra el inglés, los otros creían simplemente que se preparaban represalias contra los actos guerreros de los indios sublevados. El Gobernador, por fin, rompió el enigma, anunciando que se sabrían novedades el día 25 de Agosto. Hacía 18 días que llegó el correo secreto portador de las reales órdenes.

Las tropas de provincias se concentraron en la capital y sus jefes recibían recados misteriosos. Se ordenaba abrir los oficios dando instrucciones en un momento dado y ante determinados testigos. El 24 de Agosto se empezaba a levantar el telón del gran drama.

Para que la teatralidad de los sucesos fuese mayor, el día anunciado no hubo nada. Las tropas fueron despachadas a comer; el cielo estaba car-

gado de nubes; el telón de fondo de los acontecimientos se ponía gris. El Gobernador no rompió el silencio. Como Júpiter, se oculta, mientras prepara los últimos detalles de la tormenta anti jesuítica...

Eran las tres de la mañana del día 26. Fuertes grupos de tropas se adelantaron hacia Colegio Máximo de la Compañía y en nombre del Rey Católico tomaban posesión de él. Una idéntica escena se repetía en todos los colegios y casas de jesuítas. El resto de la noche lo pasaron los novicios encerrados en la capilla de su colegio. Cuando alboreó el día se les traslada a una residencia particular. Madres y hermanas, parientes y amigos suplicaban que rompieran los votos y abandonaran la Compañía, cuya desgracia era evidente...

Después de 14 días se les condujo al Colegio Grande y, unidos con los padres, permanecieron allí hasta el 23 de Octubre. Ese día la ciudad presenció un extraño espectáculo. Se había ordenado cerrar las puertas y ventanas de las casonas. Los desterrados atravesaron, por última vez, las calles de la capital en medio de una doble fila de soldados. En las afueras de Santiago esperaban otros cien hombres de tropa con cien caballos. No menos de una centena eran los jesuítas expulsados. Los más viejos e inválidos eran encerrados en el Convento de San Francisco.

Una semana duró el viaje. Atrás quedaban regueros de lágrimas y un duelo general hería a las devotas familias de Santiago. Deudos y amigos, hermanos e hijos salían hacia lo desconocido. No pudo la fuerza destruir la recia energía de esas vocaciones religiosas. En Valparaíso se concentraron 360 jesuítas, entre los cuales se contaban 40 estudiantes y 11 novicios.

En el registro de los hermanos estudiantes se estampaba el nombre de Juan Ignacio Molina, bajo la rúbrica siguiente: Padres que no tienen grados.

El buque de guerra "El Peruano" se hizo a la mar rumbo al Callao el día 23 de Enero. En él iba Molina.

Después de una quincena de días de navegación, los jesuítas llegaron al Callao, donde los aguardaban nuevas molestias. Tuvieron que reunirse con otros que estaban en Lima y se enviaron desde allí. Entre éstos parece que hubo varios chilenos. El 3 de Mayo subían a "El Rosario", gallardo buque de vela, armado con 50 cañones, unos ciento veinte jesuítas, contando padres y novicios. Entre los primeros se hallaba el provincial chileno.

El 7 de Mayo levantaban anclas hacia España, apertrechados de cuanto era necesario para afrontar una larga y dificultosa navegación. En Junio doblaron el Cabo de Hornos. Después de cuatro meses de navegación, los desterrados lograron arribar al Puerto de Santa María, donde recibieron un trato mediano, vestidos decorosos y modesta alimentación.

Pasaron el invierno allí en medio de crueles incertidumbres. Un nuevo decreto de destierro los sobrecogió con posterioridad. Las ideas anti-jesuíticas triunfaban y hasta el propio pontífice Clemente XIV volvía las espaldas y cerraba el corazón a los hijos de Loyola, otrora prepotentes en Europa y el resto de la humanidad cristiana.

Los estudios proseguían en esos días atribulados, bajo la dirección del

Provincial Chileno. Sólo dos estudiantes vieron rodar vencida su vocación ante la dureza de las perspectivas futuras. Los demás, entre los cuales se contaba Molina, afrontaban con serenidad cristiana, las durezas de la suerte. Oraban, estudiaban y miraban vanamente al cielo, cuya sordera hacía naufragar cotidianamente las nacientes esperanzas.

Los dolores padecidos por Molina, el mal trato de la soldadesca y la penuria del viaje, se agravaron con la pérdida de sus apuntes y papeles manuscritos con las cosas de Chile. El tiempo, que suele deparar sorpresas, causóle indecible alegría: el rescate de tan valiosa documentación. Molina perseveraba en su vocación, mientras en su torno muchos se desaniman y las esperanzas se hundían en una noche sin término.

Los días en que Molina afrontó la navegación, parecieron, más de una ocasión, de un indecible aburrimiento. Sólo una vez se divisó la tierra, en tanto el horizonte se cubría, en varias ocasiones, de peces voladores. El mar encrespado y rugiente agitaba al navío vacilante; otras veces una atmósfera oleosa, sin ningún movimiento, los sepultaba en una calma letal. Un día se perfiló un barco; todos creyeron que era el enemigo. Los preparativos de combate estaban combinados y se frustran por tratarse de una embarcación inferior y no destinada a la guerra.

El viaje fué aprovechado por nuestro jesuíta para seguir sus estudios y experimentos, todo lo cual aparece descrito por su amigo Santagasta.

De natural apacible, lleno de bondad, iluminado por un fuego interior, Molina animaba a sus compañeros, empujaba con su ejemplo a los vacilantes y edificaba con su reciura de carácter para sobrellevar tanta contrariedad. El capitán le impidió hacer una experiencia sobre la capacidad de resistencia de las barricas de sidra que contenían agua y de las cuales se afirmaba que preservan de la descomposición a los líquidos que contienen.

En tanto, se había fijado un plazo de cuatro meses a los novicios para abandonar los dominios de Su Majestad Católica. Desde Santa María se allegaron algunos hasta Cádiz e imploraron la ayuda de los vecinos para no perecer de hambre y necesidad. Diez mil florines consiguieron colectar entre los devotos. Entre tanto las amenazas no deshacían la voluntad férrea de permanecer unidos a la Compañía en su momento de adversidad. Con ese dinero se vistieron de eclesiásticos, pagaron sus deudas de alojamiento y comida. El resto dió aún lo suficiente para arrendar un navío y hacerse a la mar con rumbo a Italia. En Abril o Mayo de 1769, el Abate Molina arribó a Imola, donde permaneció un par de años. En esa tierra, segunda patria suya, se afirmaría su fama y daría a Chile honroso renombre con sus publicaciones científicas.

En tanto, el naturalista chileno aprovechaba bien su tiempo. En compañía del secretario del gobernador, llamado Federico, realizaba nuevos estudios e investigaciones, a la vez que preparaba sus exámenes con el fin de poder recibirse de jesuíta regular o de voto.

De Imola pasó a Bolonia, donde quedaron recuerdos de Molina hasta 1860 año en que el historiador Vicuña Mackenna recogió unas cuantas reliquias

suyas: varios libros, un busto, unos pequeños objetos de uso familiar. Los conservaba Camila Zini, antigua servidora del abate y heredera de su fortuna y recuerdos.

Entre sus libros se conservaba un lote de clásicos, los viajes de Feuillée por el Pacífico y las obras de Garcilaso. Una peluca rojiza parece que era su único adorno. La pobreza del religioso fué un modelo y dió a sus últimos años un sello de dignidad sobrio y ejemplar. Su único vicio era el café y el historiador chileno Vicuña Mackenna encontró el pequeño servicio de porcelana que usaba. Entre sus objetos también había una especie de manojo de cáñamo, a manera de chicote, con que amenazaba a sus alumnos, ya que los postreros días los pasó enseñando gratuitamente a los niños pobres.

¡Extraño destino el de este hombre rico y de posición social, que todo lo sacrificó a una pura vocación científica, hermanada con una fe sencilla y noble! Reconstruimos idealmente hoy su estampa extraña, su pequeña silueta, donde sobresalía la nariz ganchuda y su boca grande y disforme. Por las tardes salía con un bastón rudo a caminar por la colina de Paderma, cercana a Bolonia. Su ropa era tosca, de algodón y ningún lujo realzaba esa desmirriada figura de exilado. En su vejez se levantaba a las ocho de la mañana y se acostaba a las diez de la noche. Como vivía vecino a la Universidad, que poseía una rica biblioteca, es de suponer que la mayor parte de su tiempo la ocupaba en la lectura. Dominando varios idiomas, le era fácil el acceso a las letras divinas y profanas de todas las edades, a las ciencias, de las que fué cultor fervoroso y a cuánto enriqueciera su intelecto curioso y su sed inextinguible de saber. La lámpara de su espíritu se mantuvo suavemente encendida hasta el final de su laboriosa existencia.

Se cuentan prodigios de sus últimos tiempos. La caridad suya era intensa y de la propia pobreza sabía sacar partido para derramar, por los contornos, las bondades eximias del corazón suyo. Vivía apartado y tenía que pasar por un barrio poblado de hampones y pillastres. A veces, le robaban el pañuelo y cuando descubrió esta treta se ingenió para castigar al ladrón consuetudinario. Metió unas ortigas en su pañuelo y cuando este fué a sacarlo nuevamente, vió lastimada su mano por la dañosa planta... Hay cartas que pintan su caridad y varias anécdotas que indican la inagotable vena de su carácter. Cuando llegaban sus postreros años, la fortuna le sonrió por medio de una herencia. La guerra de la independencia lo había incomunicado de su lejano Chile y ahora se le iba a reintegrar la fortuna... De pronto, los gastos de la expedición libertadora al Perú, en 1820, hicieron necesaria una incautación general de sus bienes. El abate recibió con alegría la determinación del gobierno chileno y bendijo el empleo que se daba a su patrimonio.

La pobreza lo acompaña casi todo el tiempo. A comienzos del siglo XIX recibe una pequeña pensión de España. En 1812, Eugenio de Beauharnais le da una pensión de 200 pesos anuales. El Rey de Nápoles le concede después una ayuda idéntica. La primera cesó pronto; de la segunda nada sabemos. Calcula un historiador que sus rentas no pasaron de 500 pesos anuales.

Algunos de sus discípulos le regalaban café o rapé, pequeños vicios eclesiásticos que lo consolaban de la soledad. Recibió de Chile, por medio del Obispo Cienfuegos, la suma de 400 pesos de un total de mil que debió serle entregado. Renunció al resto. Sus deseos de volver a Chile siempre lo acompañaban, pero su compañero y confidente Don Joaquín Zambrano lo disuadió de ese proyecto, invocando como causa los peligros que ponía en ello por la edad avanzada y las travesías penosas que se realizaban entonces.

Molina dejó la mayor parte de sus bienes para la fundación de un Instituto Literario en Talca.

No tuvo deudas y así lo consigna en su testamento. Lo poco que tenía en Italia quedó para la fiel criada que lo acompaña hasta su desaparición.

Los años iban quebrantando al abate. Ya no salía a dar sus paseos por Bolonia y sus aledaños. Desde 1814 su enfermedad al pecho comienza a agravarse. Durante los tres postreros años de su existencia no sale ya a la calle y no mira ese delicioso cielo italiano. La idea de la muerte lo turbaba; sus inquietudes eran mayores; los dolores lo acongojaban y le daban el presentimiento de su próximo fin. El 12 de Septiembre de 1829, a las ocho de la noche, se extinguió su vida, mientras sumergía sus brazos en una taza de agua. Sus últimas palabras se dirigieron a Chile. Pidió agua de la cordillera chilena, de esas montañas que tanto amaba y cuya descripción le inspiró páginas de intenso color. Buscaba la postrera refacción para su cuerpo vacilante en esas montañas nevadas que no vió más.

El abate Molina es un hombre de ciencia que demuestra lo que puede una gran voluntad de acción y de trabajo. Su vida transcurre con gran nobleza y su muerte acaece cuando lo rodeaba un general respeto extranjero. En 1776 publicó en Bolonia un compendio anónimo de 244 páginas, con 9 láminas, un plano de Santiago y un mapa de Chile con el título de "*Compendio sulla Storia Geografica, Naturale e Civile del Regno del Chile.*"

De esta obra se han hecho varias ediciones, algunas de lujo. También existe una recopilación de ensayos del abate Molina con el título de "*Memorie di storia naturale lette in Bolonia, nella adunanze dell Instituto dall Abate Juan Ignacio Molina*", que fueron publicados en dos volúmenes, el año 1822. Quedan estos trabajos como una muestra del eximio talento de su autor, cuyo mérito aunque discutido y circunscrito hoy, no puede menos que ser digno de admiración por significar en su época la demostración más alta de la cultura colonial. Cuanto se podía reunir entonces sobre la historia natural de Chile se encuentra allí, con el aditamento de haber sido compuesto lejos de Chile y sin la directa contemplación de lo descrito.

Otras plumas, como la del naturalista Hugo Gunckel, quien se ha consagrado con cariño al estudio del abate y a quien debemos en parte los datos aquí estampados, juzgaron ya su valor científico. En cuanto al histórico diremos que en el *Compendio de Historia Civil* hay muchos datos aprovechables y que su estilo es llano, animado, sencillo y agradable. Constituye su lectura un placer por cuanto nos lleva por paisajes conocidos y un terreno fami-

liar, sin que veamos en ninguna parte afectación, pedantería ni esfuerzo por deslumbrarnos con mentida erudición.

El trabajo científico de Molina fué de una trascendencia muy grande para la Historia Natural del país. Hasta entonces muy poco se sabía respecto de los animales, aves, plantas y minerales chilenos y nada se había hecho para clasificarlos o siquiera darles una nomenclatura científica.

Nuestro abate fué el primero que se ocupó en ello y si su trabajo no fué tan extenso ni tan acabado como fuese deseable, se debió principalmente a los desgraciados acontecimientos de que hemos hecho mención.

Lejos de su patria, perdidos en gran parte sus apuntes y no teniendo a la mano los ejemplares que le habrían permitido acometer un trabajo de mayor aliento, sin embargo, compuso un compendio que forma la base de todos los posteriores estudios de la fauna, flora y mineralogía chilenas.

Clasificó y describió — a veces someramente— los principales animales, aves, peces, árboles, plantas y minerales del país. Muchas de sus denominaciones perduran hasta hoy y si la ciencia moderna ha tenido que cambiar o modificar muchos de los géneros establecidos por él, en cambio ha conservado la mayor parte de sus especies. Cierto es que durante una época, investigadores posteriores hicieron poco caso de su nomenclatura, sustituyendo nuevos nombres en las especies establecidas por él; pero, hoy por hoy, se le hace más justicia y la ciencia ha vuelto a reconocer su primacía, devolviendo a muchas de las especies en cuestión las denominaciones que él les había dado.

No solamente se ocupó Molina en la descripción de las más importantes especies de los tres reinos, sino que también fué el fundador de la climatología chilena en relación con la zoología y la botánica, y después de él, muy pocos hechos fundamentales se han agregado a nuestros conocimientos en este sentido.

Molina es también el primer escritor que se ocupó de una manera crítica y científica en la etnología de nuestros indígenas y sus observaciones sobre los araucanos, sus probables orígenes y su organización social denotan un criterio elevado, poco común en la época en que escribió.

En resumen, la obra de Molina, juzgada a la luz de las normas del tiempo en que vivió y no por las de las ciencias actuales, le hacen merecer el nombre de *"Creador de las Ciencias Naturales Chilenas"* y acreedor del homenaje de todos los naturalistas en el Centenario de su muerte.

La memoria del Abate Molina, hoy celebrada por Chile, constituye un paradigma de la más pura consagración a la ciencia. Es de los casos más hermosos y ejemplares que conocemos. Su testamento es una prolongación armoniosa de ese deseo de servir la ciencia que ennoblece su existencia. De ahí arranca la verdadera vida científica de Chile y un ejemplo elevado para las generaciones venideras.

RICARDO A. LATCHAM.